

P E S T A L O Z Z I, M A E S T R O

POR JUSTA FREIRE MENDEZ

Maestra del Grupo Escolar «Cervantes», de Madrid.

«Una vocación decidida, las influencias exteriores, la asidua práctica de una ocupación útil, hacen posibles muchas cosas en el mundo.»

GOETHE. *Wilhelm Meister.*

De la «asidua práctica de una ocupación útil» deseamos hablar de la vida de maestro del gran Pestalozzi.

Un joven de veintidós años que abandona una gran ciudad para vivir en el campo, ama la naturaleza; podemos asegurarlo. Cuando sale Pestalozzi de Zurich acompañado de su madre para establecerse en el campo no contaba más edad. Quizá su vocación lo aleja de la gran ciudad, a más de su amor a la naturaleza; quizá también pensara asegurar un porvenir para crear una familia, que era entonces su deseo. El hecho es que en el cantón de Argovia, cerca de Birr, compra terrenos y hace construir una casita humilde. Poco después se casa y lleva a su mujer a su granja, a Neuhof. Hasta los veintinueve años trabaja como agricultor y hace sus primeros ensayos de educación en su hijo Jaqueli. A los veintinueve años empieza su vida de sacrificios por el pueblo. Fracasa como agricultor y se convierte en maestro. Neuhof, la granja nueva, se ve transformada en un humildísimo hogar de educación. Pestalozzi quiere cegar el vicio en sus fuentes y empieza su misión de apóstol convirtiéndose en mendigo. De las capas más «ínfimas» de la sociedad había niños y adultos en Neuhof. Huérfanos la mayoría de padres, lo eran también de sentimientos nobles; vagabundos, harapientos y miserables de cuerpo y de alma. Empieza Pestalozzi la dura tarea con la tristeza que le ha producido su fracaso como agricultor y casi su ruina, pero con fe en su joven corazón de treinta años. Vive Pestalozzi con su mujer y su hijo en familia con estos pobres miserables. Conoce ahora las miserias humanas como jamás pensó conocerlas, y se entrega con todas sus fuerzas a la gran obra de redención del pueblo. Nos figuramos estar viendo al gran Pestalozzi entre los mendigos trabajar sin cesar, alentándolos con sus palabras y con su ejemplo a fin de despertar en sus corazones dormidos sentimientos elevados

y habituarlos al trabajo. La agricultura y la industria fueron sus principales ocupaciones. Los niños de NeuhoF trabajaban la tierra, fabricaban quesos y mantecas, hilaban, oían consejos de padre de Pestalozzi...

Aprendieron a escribir y a ganarse la vida muchos de los seres depravados que vivieron temporalmente con el maestro. No pudo Pestalozzi hacer más con menos dinero. Si la falta total de recursos deja el ensayo en sus comienzos, en él encontramos estos valores prácticos no generalizados todavía: 1.º, conveniencia de la vida en familia para la educación; 2.º, posibilidad de una educación del pueblo basada en el trabajo agrícola-industrial; 3.º, situación de la escuela en pleno campo y para ello rodeada de campos de cultivo.

La pedagogía moderna desea para el niño la escuela casa popular, de ambiente familiar, situada en el campo. Si bien es verdad que para dar cuerpo a estas ideas se han creado modernamente las llamadas *escuelas nuevas*, son debidas a la iniciativa privada; por tanto, sólo accesibles para los niños de familias acomodadas.

La escuela popular siguió otro camino que el trazado por Pestalozzi, y hoy parte de labor que realizó en NeuhoF se tiene como aspiración suprema de la educación.

De los treinta y cuatro a los cincuenta y dos años, Pestalozzi sufre en su casa de NeuhoF «por su falta de actividad». Se refiere a su vida de educador. En estos años escribe la mayor parte de sus obras: *La velada de un ermitaño*, *Leonardo* y *Gertrudis*, *Cristóbal* y *Elsa* y *Las fábulas*.

Los éxitos como escritor, que le valieron el título de ciudadano francés, y el trato con algunos literatos y filósofos de fama mundial, no borraron de su mente la más noble aspiración de su vida: «Quiero llegar a ser maestro de escuela» dice en la carta primera de su libro *Cómo Gertrudis enseña a sus hijos*. Ya estaba decidido el maestro «a establecer en Argovia un extenso plan de educación cuando ardió Stanz». Le proponen para establecerse el lugar de la desgracia, y acepta. «Fuí; hubiera ido hasta las cuevas más apartadas de la montaña por acercarme a mi fin, y realmente me aproximé a él»—dice el pedagogo. En la labor que realiza en Stanz se afianza en los tres valores prácticos apuntados en NeuhoF. Reconoce la necesidad de la vida en familia para la educación: «Era necesario que desde la mañana a la noche, estos pobres abandonados sintiesen que mi corazón estaba con ellos y *que su felicidad* era la mía»—dice el *maestro ejemplar* entregado en cuerpo y

alma a la difícil tarea de educar al pueblo. No creemos se hayan pronunciado palabras más paternales. ¡Qué pocas personas se encuentran en el mundo con una vocación tan decidida y un tan alto espíritu de sacrificio!

El trabajo de colaboración ya iniciado en las prácticas en Neu-hof, se inicia aquí en los conocimientos: trabajan los niños unos con otros; los que más saben enseñan a los que saben menos, y Pestalozzi atiende a todos; va de grupo en grupo, los aconseja, los anima...

¿No ha de ser la misión del maestro futuro orientar en sus trabajos a los niños, dejándolos cada día hacer más libremente?... Pestalozzi, en su vida de maestro, demostró la posibilidad de realizarlo. «En una casa a medio construir, en medio de la ignorancia, de las enfermedades y de toda clase de cosas nuevas para mí —dice—, yo sólo era director, administrador, mozo de servicio y casi criado.» En estas condiciones deplorables hizo Pestalozzi *el heroico* esfuerzo de educar a una masa de ochenta niños. No eran todos como los de Neu-hof; había entre ellos niños recientemente abandonados por causa de la guerra, que no se habían pervertido todavía. Por eso pudo el maestro conseguir infinitamente más y en mucho menos tiempo. El orden que en Neu-hof reinaba pocas veces, nace espontáneamente de la propia actividad de los alumnos. Ahora ve claro Pestalozzi que sus santos fines son realizables: «Hasta aquí llegué en Stanz; reconocí como decisivas mis experiencias sobre la posibilidad de asentar la instrucción del pueblo sobre fundamentos psicológicos, de colocar como base de ella conocimientos intuitivos reales y *de arrancar de la enseñanza la máscara de su retórica superficial.*»

La llegada de los austriacos y la enfermedad de Pestalozzi ponen fin al ensayo de Stanz, que duró unos meses. En el Gurnigel encontró la salud y el descanso el maestro que con sus experiencias puso los cimientos de la escuela popular del porvenir.

Pasadas unas cuantas semanas vuelve Pestalozzi a la vida activa de educador. Trabaja primero con niños pequeños en una escuela de Burgdorf. Someterse a los principios de organización de dicha escuela había de ser imposible al maestro que se adelantó a su siglo: hay que considerar que trabajaban al lado de Pestalozzi maestros, que eran a la vez zapateros, sastres, etc., etc. «Me resigné» —dice el pedagogo. Siguió con estos niños los trabajos interrumpidos en Stanz. Saca como consecuencia positiva para su método la necesidad de comenzar por los primeros elementos. Hace aplicación de la intuición, de los principios de su método al apren-

dizaje del lenguaje y del cálculo con resultados sorprendentes. Por sus méritos es elevado Pestalozzi a director de una escuela y destinan el castillo de Burgdorf para la nueva instalación. Se unen para trabajar con el maestro Krüsi, Buss y Tobler. «Su asociación—escribe—me salvó la vida y libró a mi obra de morir.»

Ya no es solamente Pestalozzi maestro de niños; ha de imponer en el conocimiento de su método a los que van a trabajar con él.

En el internado de Burgdorf se llegan a reunir hasta un centenar de muchachos, la mayoría mayores, que se educan allí, en un ambiente natural de simpatía: *en familia*. La fama de Pestalozzi aumenta gracias a los progresos alcanzados por los discípulos en todos los órdenes.

Demostrado ya el valor del método, Pestalozzi se decide a publicar el más importante de sus libros, *Cómo Gertrudis enseña a sus hijos*. En él explica sus ideas sobre educación, los fundamentos de su método, en cartas. La primera está fechada en Burgdorf 1 de enero de 1801. Burgdorf representa para Pestalozzi el momento quizá más culminante de su vida de educador, como publicista y como maestro.

A los valores que hemos ido anotando, nacidos de la práctica de Pestalozzi, añadiremos los siguientes, conquistados en Burgdorf: Necesidad de fundar la disciplina en el principio de libertad moral y, por tanto, en el amor. Valor del método basado en la naturaleza humana para la instrucción. Se apunta, además, la conveniencia de ponerse de acuerdo, en cuanto a los medios y fines, las personas que realicen una obra en común de educación.

En plena prosperidad, sin fracasos, fué preciso que Pestalozzi abandonara la llamada, por las gentes, *casa de educación de Burgdorf*. Sucesos políticos que convirtieron el castillo en escuela, hacen ahora que la escuela vuelva a ser castillo. Hasta gentes de otras nacionalidades visitaban Burgdorf para estudiar los métodos de Pestalozzi. Parece que el destino del maestro más que gozar de la obra creada, era crear. Tiene cincuenta y ocho años. Se esperan todavía veinte años de vida de maestro; mayor celebridad y la gloria.

Pestalozzi en Iverdon.—Es llamado por el Gobierno para organizar una escuela, y al año siguiente de salir de Burgdorf, después de haber pasado unos meses con su amigo Fellenberg, empieza su trabajo en Iverdon. El castillo es destinado para escuela.

Organiza Pestalozzi el internado en Iverdon, a base también de un ambiente familiar. La fama del maestro ya había pasado las

fronteras, y los discípulos son de distintas nacionalidades. A más de suizos y alemanes, los había franceses, italianos, españoles, ingleses... Pestalozzi en su vida de actuación pudo conocer gran variedad de niños: pobres y ricos, pequeños y mayores, nacionales y extranjeros.

La vida en el instituto de Iverdon se desenvolvía dentro de cierta confianza simpática entre profesores y alumnos. Los maestros intervenían en los juegos de los niños y los acompañaban siempre en los paseos y excursiones al campo. Había una preocupación higiénica general de vida sana: se levantaban temprano, tomaban duchas de agua fría al aire libre, hacían gimnasia, a más de correr por las montañas para hacerse fuertes.

El trabajo alternaba con el descanso y con el juego. El intelectual consistía en lecciones de las distintas materias, que no duraban más de una hora: geografía, historia, cálculo, dibujo, lenguas, etc., etc. El trabajo manual (cartonería y prácticas agrícolas) alternaba con el intelectual. Cada niño tenía su parcela de terreno que cultivar.

Al canto se le daba una gran importancia formativa. Los niños de Iverdon cantaban «siempre y por todas partes, en los intervalos de las lecciones, en los recreos, en los paseos».

Había horas destinadas para el *trabajo libre*, en las que los alumnos podían trabajar, según sus gustos y aptitudes, ya solos, ya colaborando con otros.

No había premios ni castigos. Quería Pestalozzi iniciar a sus alumnos en el cumplimiento del deber por la satisfacción propia de cumplirlo (autodisciplina).

La vida diaria comenzaba pronunciando Pestalozzi, a discípulos y maestros reunidos, unas palabras inspiradas en la más alta moralidad.

Todos los días cambiaban impresiones los colaboradores con el maestro sobre la labor a realizar.

Ambiente familiar, vida sana, principio de colaboración en los trabajos y en los juegos, importancia de éstos y del canto, autodisciplina, unidad de acción para colaborar los maestros, vida en común de la gran variedad de discípulos, etc., etc., son valores actuales que nacen de la práctica de Pestalozzi.

Escuelas organizadas de manera tan nueva entonces habían de ser muy visitadas. Burgdorf e Iverdon representaron para el mundo pedagógico lo que medio siglo después la Institución Libre para España; lo que, después, la Escuela de las Rocas para Francia; la de St. Christopher para Inglaterra; las escuelas del trabajo

fundadas por Dewey para Norteamérica y por Kerschensteiner para Alemania; lo que para la misma Suiza la escuela nueva de Hof-Oberkirch.

Hemos visitado en viaje de estudio varias de estas instituciones y hemos podido comprobar que, dentro de la gran variedad que encierran las llamadas *escuelas nuevas*, todas, sin distinción de matices, han sido fundadas *para crear alrededor del niño un ambiente familiar, de vida sana, de libertad y capacitación*, llenando, en lo que cabe, las exigencias de la educación nueva: *fortaleza y autoeducación*. Ellas, las escuelas nuevas, constituyen la realidad de hoy, que ya Pestalozzi ensayó con fines democráticosociales.

Podemos decir que Pestalozzi fundó las primeras escuelas nuevas que existieron en el mundo, origen de las que hoy existen... y de las que existirán en lo futuro para todos. Puso el «santo maestro», en la práctica, la primera piedra de la *escuela única*, de la escuela del porvenir.

Resumiendo, la vida de actuación de Pestalozzi podríamos compararla, parabólicamente, con el proceso de una intuición gigante: Neuhof representa el conocimiento impreciso, indeterminado; allí se van distinguiendo *formas vagas* de lo que ha de ser el conocimiento en Stanz y Burgdorf. En Burgdorf nace el conocimiento preciso, determinado (número) y la *palabra* que le da nombre: *Cómo Gertrudis enseña a sus hijos*. En Iverdon, la palabra, traducida a muchos idiomas, lleva la influencia de la práctica al mundo pedagógico: a España, a Inglaterra...

Iverdon guarda viva la memoria de Pestalozzi. Si es verdad que un día tuvo que salir desesperado y dejar su obra para volver a Neuhof a seguir pensando en la regeneración del pueblo..., también es verdad que su recuerdo es venerado, quizá como en ninguna parte, en Iverdon. El castillo donde estuvo instalada la escuela, hoy convertido en museo, está lleno de recuerdos del maestro. En la plaza de Pestalozzi, al lado del castillo, Suiza le ha elevado el más hermoso de los monumentos que le ha dedicado.

También su ciudad natal, Zurich, le ha elevado un bello monumento en una plaza llena de árboles y de flores. En el Pestalozzianum, de Zurich, pudimos contemplar una serie de retratos de Pestalozzi y su familia, muchos manuscritos de sus obras, objetos de su uso personal...

No sólo Suiza conserva vivo el recuerdo a Pestalozzi, sino toda nación que se interesa más o menos por los problemas de educación.